

esplendor, como si hubiese adivinado que la memoria de los días felices sirve de amargura en las desgracias.

Cierto día que creyó reconocer á uno de los comisarios de la municipalidad en el cuarto de su padre, el comisario se le acercó y le preguntó si recordaba haberle visto y en qué circunstancias. El niño hizo un signo afirmativo con la cabeza, pero rehusó obstinadamente responder. Habiéndole llevado su hermana á un rincón apartado del cuarto, le preguntó por qué se negaba á decir cuándo había visto á aquel comisario, y el Delfin le contestó al oído: «En el viaje de Varennes. No he querido decirlo alto, de miedo de recordárselo á la reina, y de hacer llorar á nuestros padres».

Cuando veía en la antesala de su padre un comisario más respetuoso con los prisioneros y ménos odioso á la reina que sus colegas, se apresuraba á salir al encuentro de su madre cuando bajaba al cuarto del rey, para anunciarle palmoteando que iba á tener un buen día. La vista de aquel niño enternecía casi todos los odios; la soberanía bajo la figura de un niño inocente y prisionero no tenía más enemigos que los brutos: los comisarios más prevenidos, los artilleros de la guardia, los carceleros, y hasta el mismo feroz Rocher, jugaban con el Delfin; sólo Simon le hablaba toscamente, y le miraba con ojo desconfiado y siniestro, como un tirano oculto en un niño. Las facciones de aquel joven príncipe recordaban, confundiéndolas, la gracia un poco afeminada de Luis XV, su abuelo, y la altivez austriaca de María Teresa. Los ojos de un azul de mar, la nariz aguileña con las ventanas un poco levantadas, la boca rasgada, los labios algo encorvados, la frente ancha en la parte superior y estrecha en las sienas, los cabellos rubios separados en dos ondas en lo más elevado de la cabeza y cayendo en rizados bucles sobre los hombros y hasta sobre los brazos, retrataban á su madre ántes de los años de lágrimas. Parecía que toda la belleza de su doble estirpe florecía de nuevo en aquel último vástago.

X

Todos los días á las doce iban á buscar á la familia real para que respirase el aire del jardín. Los prisioneros bajaban á él á pesar del frío, del sol ó de la lluvia, y verificaban aquel paseo en medio de las miradas y de los ultrajes, como uno de los más rigurosos deberes de su cautividad. El ejercicio violento en los patios, los juegos del niño con su hermana en el interior del aposento, la vida regular y sobria, los estudios suaves y familiares entre las rodillas de su padre, y los tiernos cuidados de aquellas tres mujeres, le conservaban el ardor de vida y la fresca tez de la infancia. El aire de la cárcel le acariciaba hasta entónces tanto como el aire de los bosques de Saint-Cloud. Las miradas del rey y de la reina se encontraban y se consolaban sobre aquella cabeza, en donde el rigor de los hombres no impedía que la naturaleza se aumentase y embelleciese diariamente.

Rayaba ya la princesa en la edad en que la niña conoce que se hace mujer y recoge en sí misma su razón. Pensativa como su padre, altiva como su madre, piadosa como su tía, se reflejaban en su alma aquellas tres almas en medio de las que había crecido. Su belleza, esbelta y pálida como las apariciones fantásticas de la Alemania, tenía más de ideal que de material. Unida siempre al brazo y

como escondida bajo el pecho de su madre ó de su tía, parecía intimidada de la vida. Sus cabellos rubios, sueltos aún sobre los hombros como los de un niño, casi la rodeaban toda; echaba desde el fondo de aquel velo tímidas miradas ó bajaba los ojos, imprimiendo una muda admiración á los más endurecidos. Los centinelas y los llaveros se apartaban para dejarle el paso, y sentían una especie de conmoción religiosa cuando su vestido ó sus cabellos raspaban su ropa en las escaleras ó los pasadizos. Su tía completaba su educación enseñándole la piedad, la paciencia y el perdón; pero el sentimiento de su rango innato en su alma, las humillaciones de su padre y los suplicios de su madre se grababan profundamente en cicatrices que sin cesar sangraban en su corazón, donde se recogían, si no como resentimientos, á lo ménos como una eterna tristeza.

A las dos se retiraba la familia real para comer; pero las íntimas alegrías y los encantos familiares de que estas comidas son la señal en la casa del pobre les eran rehusadas. Ni aún el rey podía libremente entregarse á satisfacer el apetito que le daba su robusta naturaleza: muchos ojos contaban los bocados que llevaba á la boca, y muchos gestos se los echaban en cara. La fuerza y la salud del hombre eran una vergüenza más para el rey. La reina y las princesas comían poco y despacio, para dejar al rey el pretexto de satisfacer su apetito y prolongar la comida.

Después se reunía la familia, y el rey jugaba con la reina á aquellos juegos de naipes inventados para divertir la ociosidad de un rey prisionero; pero con más frecuencia al pensativo juego del ajedrez, juego en que las piezas principales, por sus nombres de *rey* ó de *reina* y las maniobras sobre el tablero, que tienen por objeto hacer al rey prisionero, estaban llenas de alusiones significativas, y con frecuencia siniestras, á su propia prisión. Buscaban ménos en estos juegos una maquina distracción á sus penas que una ocasión de hablar con palabras encubiertas sin despertar el inquieto espionaje de sus guardianes. A las cuatro, el rey dormía un poco en un sillón, mientras que los niños, haciéndoles un gesto la madre, cesaban en sus bulliciosos juegos, y las princesas volvían á coger su obra de costura, reinando el más profundo silencio en el cuarto durante el sueño del monarca. Sólo se oía el pequeño crujido de la seda al frotarse las cortinas que hacían la reina y su hermana, la respiración del rey y el paso regular de los centinelas á la puerta de la habitación y al pié de la torre. Podía decirse que los perseguidores y la cárcel enmudecían, por no quitar al rey prisionero la única hora que volvía la libertad á sus pensamientos y la ilusión de los sueños á su alma. A las seis volvía el rey á tomar las lecciones á su hijo, y se divertía con él hasta la hora de cenar; después la reina le desnudaba ella misma, le hacía rezar sus oraciones y le llevaba á la cama.

Luego que estaba acostado, se inclinaba como para besarle, y le decía al oído una corta oración, que el niño repetía muy bajo para que los comisarios no pudiesen oírla.

Esta oración, compuesta por la reina, la retuvo en su memoria y la reveló su hija: «¡Dios omnipotente que me habeis creado y rescatado, yo os amo! ¡Conservad los días de mi padre y de mi familia! ¡Protegednos contra nuestros enemigos! ¡Dad á mi madre, á mi tía y á mi hermana las fuerzas que necesitan para soportar sus trabajos!»

Esta sencilla súplica de los labios de un niño, pidiendo la vida para su padre y la paciencia para su madre, era un crimen del que necesitaban ocultarse. Después que se dormía el niño, la reina leía en alta voz para instruir á su hija y entretener al rey y las princesas. Por lo regular era algun libro de historia, que dirigía el pensamiento á las grandes catástrofes de los pueblos y de los reyes. Cuando se presentaban en la lectura con demasiada frecuencia alusiones á su propia situación, la voz de la reina se cubría ó se sumergía en lágrimas interiores, y los prisioneros se lanzaban una mirada, como si el libro, de inteligencia con ellos, les hubiese revelado el temor ó la esperanza oculta en el corazón de todos. El rey, al fin del día, subía un rato al cuarto de su esposa, le cogía la mano, y mirándola tiernamente se despedía de ella; besaba después á su hermana y á su hija, y volvía á bajar á encerrarse en la torrecilla al lado de su cuarto, donde leía, meditaba ú oraba hasta medianoche.

El cielo únicamente poseía el secreto de aquellas horas nocturnas consagradas por el príncipe al recogimiento en la soledad de su propio corazón. ¿Reflexionaria quizá sobre los actos de su reinado, sobre las faltas de su política, sobre sus alternativas de confianza excesiva en su pueblo, ó de desconfianza poco diestra contra la revolución? ¿Trataría quizá de hacer conjeturas sobre la suerte de Francia y sobre el porvenir de su familia después de la crisis del momento, á la que no se hacía la ilusión de poder sobrevivir? ¿Se arrepentiría quizá de las luchas desiguales en pro y en contra de la libertad, y se reconvendría de no haber elegido heroicamente desde el primer día entre el antiguo y el nuevo régimen, y de no haberse declarado jefe del nuevo pueblo? Porque este príncipe en el fondo había pecado más bien por falta de comprensión que porque no amase la revolución. ¿Se reservaría quizá aquellas horas secretas para derramar libremente, delante de aquellos desiertos muros, lágrimas por su mujer, por su hermana, por sus hijos y por él mismo, aquellas lágrimas que ocultaba por el día á su sensibilidad y á la alegría de los que le vigilaban? Cuando salía de aquel gabinete para acostarse, su rostro estaba sereno, y aún algunas veces se veía en él la sonrisa; pero su inclinada frente, sus miradas melancólicas y la marca de sus dedos impresa sobre sus mejillas, anunciaban á su ayuda de cámara que había apoyado mucho tiempo la cabeza en sus manos, y que graves pensamientos habían ocupado su imaginación.

Esperaba siempre el rey ántes de dormirse á que llegase el municipal del día siguiente, que se relevaba á medianoche, para saber el nombre de su nuevo vigilante, y para conocer por él qué dulzura ó qué rudeza podía presagiar tendría al otro día su familia. Se dormía después con tranquilidad, porque el peso de los días de infortunio no cansa ménos al hombre que la fatiga de los días felices. Desde que este príncipe estaba cautivo, los defectos de su juventud habían ido desapareciendo poco á poco. La bondad un poco tosca de su carácter se había cambiado en sensibilidad y en gracia para aquellos que le rodeaban. Parecía querer rescatar, á fuerza de paciencia para sí mismo, y de tierno interés por los otros, la injusticia de que sufriesen por su causa, y ya no se conocía su displicencia de rey. Todos sus defectos de carácter habían desaparecido ante su magnánima paciencia. La trágica solemnidad de su abatimiento daba á su persona la dignidad que el trono le había rehusado; la caída le había hecho más tierno, la cárcel le había ennoblecido, y la aproximación á la muerte le consagraba. Reunía en aquel pe-

queño espacio, en aquel círculo de familia, y en los pocos días que le quedaban, todo lo que la naturaleza, el amor y la religión habían inspirado á su alma de ternura, de valor y de virtudes. Sus hijos le adoraban, su hermana le admiraba, y la reina se asombraba de los tesoros de dulzura y de fuerza que descubría en su corazón; pero sentía que tantas virtudes brillasen tan tarde y sólo en la oscuridad de una prisión. Se reconvenía á sí misma amargamente, y se lo decía á su her-



Separacion de la familia real.—Pág. 219.

mana, por haberse dejado lisonjear demasiado en los días de prosperidad, y por no haber conocido bastantes entónces lo que valía el amor del rey.

Al acercársele, sus mismos carceleros no reconocían en él al hombre sensual y vulgar que la preocupacion pública les había pintado. Al ver un padre tan bueno, un esposo tan tierno, un hermano tan complaciente, principiaban á no creer que semejante hombre hubiese podido contener un tirano. Hasta parecía que algunos le amaban al mismo tiempo que le perseguían y le martirizaban con respeto. Su bondad amansaba á los hombres más groseros, instrumentos pasivos de su cautividad.

Se hallaba cierto día de centinela un habitante de los barrios, vestido de pai-

sano, en la antesala del rey, y el ayuda de cámara Clery notó que aquel hombre le contemplaba con respeto y compasión. Clery se adelanta hácia él, el centinela se inclina, presenta las armas y tartamudea con temblorosa voz y como con sentimiento: «No podeis salir». «¿Creeis que yo soy el rey?»—respondió Clery. «Pues qué,—replicó el hombre del pueblo,—¿no sois el rey?» «No. ¿Sin duda nunca le habeis visto?» «¡Ah! No, y yo quisiera verle en otra parte y no aquí.» «Hablad bajo. Voy á entrar en su cuarto, dejaré la puerta entreabierta y podreis verle: está sentado junto á la ventana, con un libro en la mano.» Clery advirtió á la reina de la benévola curiosidad del centinela, y la reina habló de ella al rey, que interrumpió su lectura y se paseó con bondad muchas veces de un cuarto al otro, afectando pasar cerca del centinela, y dirigiéndole un signo mudo de inteligencia. «¡Oh!—dijo aquel hombre á Clery cuando el rey se retiró.—¡Qué bueno es el rey! ¡Cómo ama á sus hijos! No, yo no creeré nunca que nos hizo tanto mal.»

Un jóven colocado de centinela á lo último de los castaños manifestaba, por la benevolencia pintada en su fisonomía y por sus lágrimas, el dolor que le inspiraba la cautividad de la familia de sus reyes. Madama Isabel se acercó á aquel jóven para dirigir algunas palabras furtivas á aquel amigo desconocido de su hermano, y él hizo seña á la princesa de que habia un papel debajo de los escombros que cubrian aquella parte de la calle. Clery se inclinó para recoger aquel papel, fingiendo buscar ladrillos llanos para que el Delfin jugase al tejo. Los artilleros notaron el semblante del centinela, acusándole sus húmedos ojos. Se le condujo á la Abadía y de allí al tribunal revolucionario, que le hizo pagar aquellas lágrimas con su sangre.

XI

Como toda la familia cayó enferma, viéndose obligada á guardar cama sucesivamente, con motivo de la humedad de las paredes y de los primeros frios del invierno, la municipalidad autorizó, despues de muchas formalidades, á Mr. Lemonnier, primer médico del rey, para que entrase en la prision. Sus conocimientos restablecieron pronto á la reina, á madama Isabel y á los niños; pero la enfermedad del rey se prolongó más, y hasta inspiró temores á sus guardianes. La reina y su hija no se separaban de la cabecera de su cama, teniendo que volver ellas mismas á la suya. Clery velaba todas las noches en el cuarto de su amo, y cayó peligrosamente enfermo cuando cesó la calentura del rey, sin poderse levantar para prestarle sus servicios estando aún convaleciente, ni vestir al Delfin. El rey, llenando por primera vez los deberes de una madre, levantaba, vestía y peinaba á su hijo. El niño pasaba todo el dia en el cuarto oscuro y helado de Clery, dándole de beber y prestándole todos los servicios que su edad y su debilidad permiten á un niño dispensar á un enfermo. El mismo rey, levantándose por la noche y espionando el sueño del comisario que vigilaba en la antesala, iba descalzo y en camisa á llevar un vaso de tisana á su criado. «¡Pobre Clery!—le decía.—¡Cuánto quisiera velar á mi vez al pié de vuestro lecho! Pero ved cómo nos observan. Tened ánimo y conservaos para vuestros amigos, porque ya no teneis señores.» El criado, enternecido, cubria de lágrimas las manos del rey.

La municipalidad mandó que se estrechase aún más el cautiverio en el mismo recinto de la torre, y en su consecuencia, hicieron subir un cantero que abrió agu-

jeros en el alféizar de la puerta de la antesala del rey para colocar cerrojos. A mediodía bajó el hombre para comer, y el Delfin se puso á jugar con el martillo y el cincel que el obrero habia dejado junto á la puerta. Vino el rey y cogió de las manos del niño los instrumentos, y recordando su antigua habilidad para las obras de cerrajería y sus inclinaciones de artesano, enseñó á su hijo cómo se debian coger los útiles, y abrió él mismo el agujero principiado. Cuando subió el obrero y vió al rey hacer su obra con la seriedad de un hombre del oficio, no pudo mirar sin conmoverse lo que podia un cambio de fortuna. «Cuando salgais de esta torre,—dijo al rey con un instinto de compasión que daba la esperanza por certidumbre,—podreis decir que vos mismo habeis trabajado vuestra prision.» «¡Ay, amigo mio!—respondió el rey, entregándole el martillo y el cincel.—¿Cuándo y cómo saldré?» Cogió á su hijo por la mano y volvió á entrar en su cuarto, donde se paseó un largo rato en silencio.

Insensible á las privaciones que sólo recaian sobre él mismo, se presentaba con frecuencia á su mente y se escapaba algunas veces de su pecho la comparación del pasado esplendor en que habia visto á su esposa y á su hermana con su desnudez actual. Los aniversarios de sus felices dias, de su coronacion, de su matrimonio, del nacimiento de su hija y de su hijo, del dia de su santo, eran para él dias marcados por mayor tristeza, y con frecuencia tambien por los ultrajes. El dia de San Luis, los federados y los artilleros de guardia vinieron con una alegría cruel á danzar en corro y cantar el *Ça ira* debajo de sus ventanas. El rey recordaba melancólicamente á la reina aquellos dias de su union y de su felicidad, y le pedia perdonase á su suerte que los habia cambiado para ella en dias de luto. «¡Ah, madama!—le decia una noche, viéndola barrer el pavimento del cuarto de su hijo que estaba enfermo.—¡Qué oficio para una reina de Francia! ¡Y si lo vieses en Viena! ¡Ah! ¡Quién hubiese dicho que uniéndoos á mi suerte os haria descender tanto!» «¿Y en nada teneis—le dijo María Antonieta—la gloria de ser la mujer del mejor y del más perseguido de los hombres? ¿Tales desgracias no son las más majestuosas de todas las grandezas?»

Otra vez vió á madama Isabel que remendaba el vestido de la reina, á quien habian quitado hasta sus tijeras, obligada á cortar con los dientes el hilo de la aguja. «¡Ay, hermana!—le dijo.—¡Qué contraste! Nada os faltaba en vuestra bonita casa de Montreuil.» Aludia á una deliciosa residencia que se habia complacido en embellecer para su hermana con todo lo más elegante de la vida rústica, en tiempo de su prosperidad. Estos fueron sus únicos recuerdos de lo pasado; los evitaba como un choque del alma que podía arrancar una involuntaria exclamacion á su firmeza.

XII

La uniformidad de aquella vida comenzaba á cambiarla en costumbre y en tranquilidad de espíritu. La presencia diaria de séres amados, la ternura mutua, más conocida desde que la etiqueta de las cortes no se interponia entre los sentimientos de la naturaleza; la regularidad de los mismos actos á las mismas horas, el paso de una habitacion á otra, las lecciones de los niños, sus juegos, las salidas al jardin que consolaban con frecuencia miradas comprendidas, comer juntos, las conversaciones, las lecturas, aquel silencio profundo en los muros en torno de los